

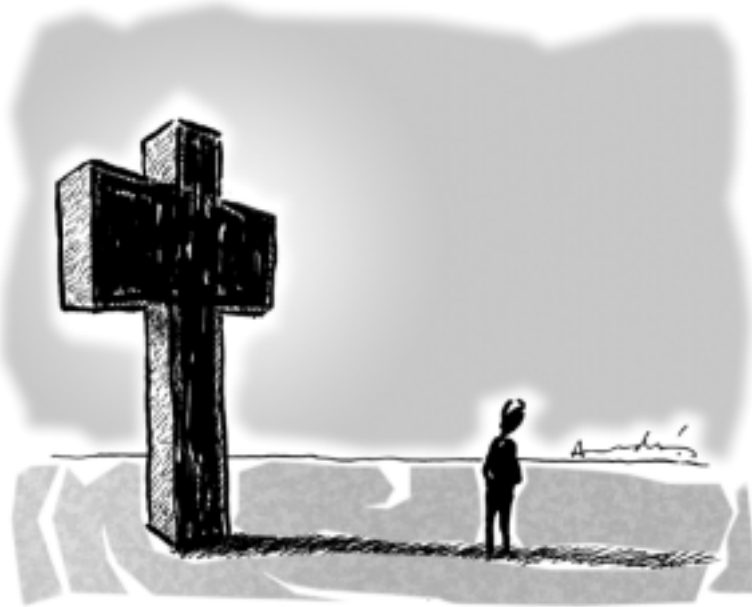
La vida moderna en la comunidad tutelada

Guillermo Nugent

Es difícil escribir sobre los cambios en la sociedad peruana de los últimos veinte años cuando la sensación de vértigo permanece. Además, porque son dos décadas de cambios especialmente intensos a escala mundial. Es relativamente sencillo hacer el contraste entre lo que hay de nuevo en el Perú cuando la diferencia con la realidad internacional es relativamente estable.

Tal vez una manera de evaluar muy someramente las transformaciones en la política, la economía y la innovación tecnológica de las recientes dos décadas sería decir que ahora hay más libertades y más amenazas. Nada nuevo, en realidad, porque lo mismo podría decirse de cualquier otro periodo del siglo XX.

Una explicación posible de esta dualidad conflictiva tiene que ver con lo que podría llamarse un creciente "efecto de cercanía". Experimentar a los demás como si estuvieran cerca, al alcance de la mano¹, permite una mayor coordinación de las acciones, más posibilidades de realizar proyectos individuales, pero también la ilusión de poder ejercer un dominio absoluto sobre los demás y, de esta manera, conjurar cualquier amenaza de contaminación de impurezas por esa misma cercanía. De ahí que el pluralismo sea tanto una posibilidad de múltiples vías para llevar una vida mejor para unos, cuanto una amenaza altamente contaminante para otros.



¿Cómo podemos reconocer ese efecto de cercanía en la existencia colectiva como país? Los acontecimientos trágicos marcan siempre la memoria con más fuerza que las experiencias gratas, e, inversamente, ponemos en el futuro los anhelos más optimistas. Si recurrimos provisionalmente a esta ilusión, puede servir como contraste y punto de partida la matanza de periodistas en la comunidad de Uchuraccay en enero de 1983. Este acontecimiento terrible destacó no tanto por la crueldad —nadie sabía que estábamos en la antesala de cosas peores— cuanto por las particulares consecuencias que tuvo. El gobierno de entonces nombró una comisión para "estudiar" a los comuneros de Uchuraccay. La primera fila de la cultura letrada se hizo presente, y había un dilema por decidir: o bien

se emprendía la ruta del sentido común, es decir, explorar los indicios que señalaban que los comuneros habían tenido orden de la Policía para matar a cualquier extraño que llegara a la zona, lo que significaba que el Estado asumía una parte central de la responsabilidad, o bien se seguía lo que podría llamarse la ruta de la alteridad: el asesinato fue cometido por personas que ante todo son "radicalmente otros", tan diferentes que hay que "estudiarlos" con la distancia emocional que una actividad así implica.

Entonces, ya no eran las conminaciones policiales lo que estaba al medio, sino extravagancias tales como recordar que en la plaza del

¹Guillermo Nugent es historiador y profesor universitario.

pueblo, en la época de la independencia, o sea, unos 160 años antes no más, *estos comuneros* habían preferido la lealtad a la Corona española que a la República². Todo muy publicitado, todo muy sofisticado, todo muy emocionante y, claro, la previsible conclusión: todos somos culpables. Se entiende que "todos" menos los de Uchuraccay y demás que se les parezcan. Se trataba entonces, a mediados de los ochenta, de un todos que curiosamente dejaba fuera a "los otros".

¿Qué ha cambiado en el Perú en los últimos veinte años? Difícil saberlo, pero es muy probable que si en el verano del 2003 en una comunidad andina relativamente poco comunicada hubiera otra masacre de periodistas, los medios de comunicación cubrirían el incidente. Pero estaría fuera de lugar mandar a una comisión de especialistas en antropología y demás ciencias humanas para "entender" lo que ha pasado. De hecho, ante los crudos testimonios presentados este año en las audiencias públicas de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, a nadie sensatamente se le ocurre que se necesite a un especialista para "interpretar" el contenido de los testimonios.

Un primer y fundamental cambio es que los "otros" ya no lo son del todo. Eso quiere decir que nuestra capacidad colectiva de entendi-

miento mutuo ha ganado terreno. Dos elementos decisivos forman parte de este proceso: por una parte, la difusión de la TV a color a nivel nacional, además de la radio, creó un conjunto de referencias compartidas que incluían tanto lenguajes cuanto un común sentido del tiempo público. Es una verdadera revolución en un contexto en el que la difusión de la cultura escrita (libros, periódicos, revistas, y, sobre todo, leyes) había estado fuertemente segregada.

El segundo elemento fue el propio ciclo de la violencia política que, combinado con el anterior, permitió encontrar un sentido de comunidad nacional más ligado a los quehaceres cotidianos. Curiosamente, el periodo de destrucción dio lugar a una cultura cívica de sostenido rechazo al terror y una simultánea afirmación en la *solidez de la vida diaria*³.

A nadie puede escapar la aparente paradoja de cómo en los momentos de mayor destrucción, de eso que a muchos les gusta llamar "la guerra", fueron los años de más vigorosa afirmación de la cultura de masas en sus formas más creativas; baste mencionar el desarrollo y difusión de los grupos de *rock*, de tecnocumbia y la presencia creciente de grupos de origen amazónico, y la producción de telenovelas que, bajo cualquier criterio, fue especialmente creativa.

Un tercer elemento es el desarrollo del aprecio por la cocina peruana. Incluimos también la ropa "estilo Gamarra". Música, entretenimiento, modas y sabores, aunque no creo que los obispos, y similares, de la Comisión de la Verdad compartan mi criterio (¡espero que no!). En nuestro país el terror fue derrotado por el placer, por las múltiples capacidades de disfrute en la vida. Hoy somos un país socialmente con una mayor capacidad de disfrute que hace veinte años. Lo más aleccionador es que ha sido ganado a pulso, día a día, a los instintos de muerte. No es un placer regresivo, infantilizante; por el contrario, fue la forma como colectivamente descubrimos que era mejor enfrentar y competir con la destrucción y el terror. No obedeció a un designio doctrinario en particular; fue simplemente un incesante ensayo-error que nos hizo ver que teníamos formas muy eficientes de adaptarnos y modificar el entorno donde vivimos. Creo que en estos veinte años nos hicimos darwinianos inadvertidamente.

¿Cuáles son los problemas actuales? La mayor capacidad social para el disfrute hizo también que las vidas individuales sean más definitivamente modernas. Un criterio, entre otros, que resulta especialmente útil para entender los cambios en la identidad de las personas, es cuando su vida es narrada en términos de destino y cuando es hecha en términos de proyecto. En el primer caso estamos en un universo cultural donde tomar decisiones es algo moral y psicológicamente secundario: cada quien hace "lo que le toca hacer"; los dilemas e inseguridades apenas tienen lugar. En el segundo caso, el proyecto es a

A nadie puede escapar la aparente paradoja de cómo en los momentos de mayor destrucción, de eso que a muchos les gusta llamar "la guerra", fueron los años de más vigorosa afirmación de la cultura de masas en sus formas más creativas.

... hay un notorio desfase, y aquí está la dificultad central de la actualidad, entre esta capacidad creciente de narrar la biografía propia en términos de proyecto y las maneras de imaginar la existencia colectiva.

veces la consecuencia de una ruptura con "el destino"; el escenario paradigmático es el acceso de las mujeres al mercado profesional de trabajo, tal vez al escenario donde se vive con más intensidad el tránsito del destino al proyecto.

Pero en muchos otros ámbitos también ocurren estos cambios. La difusión de la identidad juvenil usualmente va acompañada de preguntas del tipo ¿qué clase de persona quiero llegar a ser? En muchos casos, aunque no es un sinónimo simple y llano, la migración al extranjero, el tipo de publicidad de las universidades dan por supuesto que existe una biografía que es narrada en términos de proyecto antes que materialización de un destino.

Sin embargo, hay un notorio desfase, y aquí está la dificultad central de la actualidad, entre esta capacidad creciente de narrar la biografía propia en términos de proyecto y las maneras de imaginar la existencia colectiva. Estamos en un periodo en el que el conflicto parece estar entre un conjunto de aspiraciones, proyectos y maneras de entender la existencia individual y la pertenencia a una comunidad que aún es imaginada en términos fuertemente tutelares. La vida es propia, pero la comunidad sigue ajena. "Que otros se hagan cargo de las responsabilidades colectivas."

En la década del noventa, e incluso desde antes, el sentido de un tutelaje castrense se hizo notar de manera muy intensa. Desde el gobierno de Paniagua, sin embargo, empezó una oscilación pendular al tutelaje clerical. De pronto nos encontramos con comisiones anticorrupción presididas por un obispo, mesas de pobreza dirigidas por un sacerdote; supongo que nadie pretenderá negar el aura clerical que envuelve a la Comisión de la Verdad y Reconciliación; y, por supuesto, la cereza del pastel, ese cuadro de histeria viviente que ocupa el cargo de cardenal en Lima.

Por si lo anterior no bastara, las políticas públicas de anticoncepción y planificación familiar son saboteadas por el actual gobierno que encarga esa delicada tarea a funcionarios ultracatólicos. Como se ve, el clericalismo sirve a todos los gustos políticos, pero el común denominador es "vayan tranquilos: nosotros velamos por ustedes y por su salud moral". (El cuerpo, al fin y al cabo, es algo tan efímero.) En los noventa los militares sabían "lo que era bueno para nosotros". Ahora el Estado descubre que es mejor arropar a los ciudadanos con un manto religioso.

En estos días, creo que afirmar la democracia como un proyecto civil y laico nos va a permitir llevar

a un nivel más amplio las transformaciones vitales que cuajaron en las décadas pasadas. ▲

1 Típico momento de toda conversación telefónica de larga distancia que se respete:

- Oye, ¿de dónde me estás hablando?
- Ah, estoy ahora en Helsinki.
- Es increíble: te escucho como si estuvieras aquí nomás.

2 Como si no fuera un síntoma de endeblez republicana el tratar, finalizando el siglo XX, a ciudadanos como si fueran entidades completamente extrañas.

3 En el caso del terrorismo, a diferencia de las guerras, su principal ventaja es a la vez su principal límite: el estar escondidos entre la gente da una fácil ventaja táctica, pero la vida cotidiana, el mantenimiento de las floridas rutinas urbanas, a la larga condena a los grupos terroristas a una marginalidad en que finalmente quedan atrapados, pues las costumbres urbanas son tan seculares como sus doctrinas. Otro es el caso del terrorismo con una base de fundamentalismo religioso, donde sí es posible una derrota de las costumbres seculares urbanas, como ocurre en algunos países islámicos; o al menos una neutralización, como ocurre con los fundamentalistas cristianos en Estados Unidos que se dedican a poner bombas en clínicas que realizan abortos legales o asesinatos del personal que labora en dichos lugares. Por ello, me parece importante elaborar un criterio que podría llamarse "solidez de la vida diaria". Los "paros armados" de los grupos terroristas en los años ochenta y noventa lograban paralizar el movimiento urbano... pero la gente seguía en sus casas escuchando noticias, viendo televisión, o tal vez simplemente escuchando algo de música. Las guerras, por el contrario, lo primero que destruyen es precisamente esa "solidez de la vida diaria". Beirut en los ochenta, Sarajevo y Grozny en los noventa, para no mencionar los masivos desembarcos de tropas en la Guerra del Golfo, son situaciones en las que simplemente la noción de "vida de todos los días" es lo primero que desaparece.